



La nueva dimensión del trabajo

Félix Guattari

A Parte Rei en su tarea de recuperar del archivo documentos que podrían perderse en la densidad informativa reproduce en este número 72 un artículo de Félix Guattari publicado el 3 de diciembre de 1987 en el periódico El País. Más de veinte años después, sus palabras mantienen toda su vigencia, por no decir que el presente corrobora su previsión, y sus recomendaciones para la acción siguen siendo una apuesta fuerte a la que habría que atender y ser capaces de ponerlas en movimiento para contrarrestar “el atolladero” que es el CMI, o como hoy decimos, el capitalismo global.

El concepto trabajo se ilumina bajo la luz de un nuevo día debido a las revoluciones tecnológicas que trastornan incesantemente la producción. Sus dimensiones cuantitativas, vinculadas al insumo de tiempo y energía física, se desvanecen en beneficio de sus dimensiones relacionadas con la informática y lo existencial. Las consecuencias de semejante evolución podrían, en principio, encaminarse hacia la emancipación del hombre por la máquina. Sin embargo, hasta ahora no se ha constatado ninguna relación causa-efecto entre el incremento de los recursos técnico-científicos y el desarrollo del progreso social y cultural.

Este fenómeno se debe, esencialmente, al hecho de que las estructuras subjetivas individuales y colectivas no *acompañan* mecánicamente al ritmo de las transformaciones productivas y económicas. Hoy día parece incluso que, por el contrario, la mayoría de las formaciones sociales se aferra desesperadamente a los modelos tradicionales, es decir, arcaicos. Se ve, por ejemplo, que determinadas estructuras jerárquicas, a pesar de haber perdido buena parte de su índole funcional debido al desarrollo de los medios de información y de concertación asistidos por ordenador, son objeto de una sobrevaloración ficticia que linda a veces —como en el caso de las grandes empresas japonesas— con la devoción religiosa. En el mismo orden de ideas, asistimos a un incremento de las actitudes segregativas respecto a los inmigrantes, las mujeres, los jóvenes e incluso las personas de cierta edad...

Pero tal recrudescimiento de lo que podría llamarse conservadurismo subjetivo no es sólo imputable a un incremento de la represión social; obedece también a una especie de crispación existencial que implica al conjunto de los actores sociales. El capitalismo posindustrial —que, personalmente, prefiero llamar capitalismo mundial integrado (CMI)— tiende cada vez más a desplazar sus focos de poder desde las estructuras productivas de bienes y servicios hacia las estructuras productivas de signo y de subjetividad, particularmente mediante el sesgo del control que ejerce sobre los medios pasivos de comunicación, la publicidad, los sondeos, etcétera. Ésa es una evolución que debiera llevarnos a reflexionar sobre lo que fueron, a este respecto, las formas anteriores del capitalismo, que no estaban exentas de similar propensión a la capitalización del poder subjetivo, aun cuando ello no se hubiera manifestado todavía plenamente y de manera que su verdadera importancia no fuera entonces adecuadamente apreciada por los teóricos del movimiento obrero. Dado este estado de cosas, me parece que hoy se podría reunir, en cuatro principales regímenes semióticos, la instrumentación en que se basa el CMI:

- Las semióticas económicas (instrumentos monetarios, financieros, contables, de previsión...).
- Las semióticas jurídicas (títulos de, propiedad, legislaciones y reglamentaciones diversas...).

- Las semióticas técnico-científicas (planos, diagramas, programas, estudios, investigaciones...).
- Las semióticas de subjetivación, algunas de las cuales acabamos de enumerar, pero a las que convendría agregar muchas otras, como las relativas a la arquitectura, al urbanismo, a los equipamientos colectivos, etcétera.

Hay que admitir que los modelos que pretendían crear una jerarquía causal entre estos regímenes semióticos van perdiendo su pertinencia. Se vuelve cada vez más difícil, por ejemplo, pretender que las semióticas económicas y productivas ocupen una posición infraestructural en relación a las semióticas jurídicas e ideológicas como postulaba el marxismo. El objetivo del CMI es actualmente uno solo: productivo, económico y subjetivo. Y para recurrir a una antigua categorización escolástica, se podría decir que es el resultado simultáneo de causas materiales, formales, finales y eficientes.

Se necesitó un tiempo considerable antes de que el movimiento obrero terminara por admitir que las actividades de circulación, de distribución, de comunicación, de encuadre... constituían vectores económicos que se situaban rigurosamente en un mismo plano, desde el punto de vista de la generación de plusvalía, que el trabajo directamente implicado por la producción de bienes materiales. Esa negación, sostenida dogmáticamente por los teóricos, fomentó un obrerismo y un corporativismo sindical que desnaturalizaron hondamente y colocaron en desventaja a los movimientos de emancipación anticapitalista durante más de un siglo. Es posible esperar que la actual recomposición de esos movimientos, en el contexto de las nuevas coordenadas de la relación capital / trabajo y del incremento de las tomas de conciencia ecológica, antirracista, feminista, etcétera, hará que sea más fácil admitir que las producciones de subjetividad, es decir, de conciencia, de cultura, de sensibilidad, de gremialismo, dependiente de sistemas de valores incorpóreos se sitúan de ahora en adelante más en la raíz de los nuevos procesos productivos.

El poder capitalista se ha deslocalizado, *desterritorializado* a la vez, en extensión, al extender su dominio sobre el conjunto de la vida económica, social y cultural del planeta y, en intención, al infiltrarse en el seno de los extractos subjetivos más fundamentales, más *existenciales* del individuo. Al obrar de tal manera ya no es posible pretender oponérsele sólo desde el exterior mediante las prácticas sindicales y políticas tradicionales. También se ha vuelto imperativo afrontar sus efectos dentro de la vida doméstica cotidiana, de vecindad, de trabajo, en el seno de la cultura e incluso de la ética personal. Sin avanzar más en este punto, destaquemos tan sólo que uno de los mayores síntomas mediante los que éstos se manifiestan consiste en una infantilización de las conductas humanas (no confundir con *volverse niño*). La subjetividad capitalista, tal como está modulada por los operadores de todo tipo y talla, está manufacturada en forma de armar la existencia contra toda intrusión de acontecimientos que pudieran desbaratarla, conmovérla. Por ella, cualquier singularidad deberá ser evitada, sea que debe pasar por la escasez de equipos, de profesiones y de cuadros de referencia especializados. Es así que llegará a tratar de administrar aquello que esté en el orden del descubrimiento y de la invención del mundo por la infancia, por el arte, por el amor, lo mismo que aquello que esté relacionado con la angustia, el dolor, la muerte, el sentimiento de estar perdido en el cosmos... Por añadidura, con efectos consensuales inherentes a la raza, la nación, el cuerpo profesional, la competencia deportiva, la virilidad dominante o la *star* idealizada se vuelve gris, se anestesia a sí misma en un sentimiento de pseudoeternidad.

Es en base al conjunto de *estos frentes* entrelazados y heterogéneos que deberían, a mi entender, organizarse nuevas prácticas políticas y sociales, conjuntamente con nuevas prácticas estéticas y nuevas instancias analíticas susceptibles de operar una resingularización y una reapropiación individual y colectiva de la subjetividad. De hecho, la subjetividad capitalista no está en absoluto segura de ganarla para

sí, como ocurrió durante el último decenio. No sólo la gran crisis actual financiera y económica puede desembocar en importantes dejaciones del *statu quo* social y de la imaginaria *mass-media* que lo sostuvo, sino que ciertos temas vehiculados por el neoliberalismo, tales como la flexibilidad del trabajo, las desreglamentaciones..., pueden perfectamente volverse contra él. La elección no es ya entre una fijación o las antiguas tutelas estatal-burocráticas, el *welfare* generalizado... o un abandono cínico o desesperado a la ideología *yuppie*. Todo permite pensar que las ganancias de productividad generadas por las actuales revoluciones tecnológicas irán a inscribirse en una curva de crecimiento logarítmico. Todo reside en saber si nuevos operadores, nuevos acuerdos colectivos de enunciación lograrán capitalizarlos en las vías menos manifiestamente absurdas y que no constituyan un atolladero como el CMI.